

Apuntes para un autorretrato

por José Marzo

Vienen a mi memoria algunos autorretratos de dos pintores a los que admiro. Durero (1471-1528) se retrató en numerosas ocasiones a lo largo de su vida, dejándonos un testimonio de su propia evolución personal. En su larga serie de autorretratos, apreciamos los cambios en sus rasgos y su pelo, en su ropa y atavío, pero también en su actitud ante el lienzo, en su expresión y su mirada. Otto Dix (1891-1969), alemán como Durero, también se retrató en numerosas ocasiones. Basta con colocar mentalmente juntos el autorretrato de un Otto joven y el de un Otto adulto para imaginar toda una biografía.

Suele pensarse que el autorretrato es la opción del pintor que, para practicar su técnica, utiliza al modelo más cercano, él mismo. Pero también puede pensarse que el autorretrato es una estrategia de autopromoción. Estos dos argumentos son simplificaciones. Cuando un pintor se autorretrata, se está desdoblado, se está viendo a sí mismo desde fuera, analizándose como se analiza un objeto, para exponer no sabemos si la imagen que tiene de sí mismo o la que desea que otros tengan de él. Pienso que el autorretrato del pintor es sobre todo su respuesta a una pregunta básica: quién soy.

Freud nos acostumbró a pensar en las pulsiones del sexo y la muerte como motores de nuestras conductas. Nietzsche insistió en la voluntad de poder. Pero los filósofos griegos ya expusieron que la primera pregunta que el ser humano se plantea es “quién soy”, “quiénes somos”. El ser humano es el único animal que se representa a sí mismo en su mente. La identidad es una necesidad tan básica como el alimento, y su carencia o incertidumbre, una inagotable fuente de angustia, tanto individual como colectiva.

(...)

La personalidad de un escritor está en su estilo. En el estilo se concentra un modo de contemplar el mundo, de estar en él y de ser. El estilo es la identidad misma del escritor. Me pregunto si el autorretrato de un escritor debería empezar siempre por un intento de definir su estilo. Pero el estilo es inevitablemente la base del propio autorretrato literario.

(...)

Nací en Madrid. Mis primeros recuerdos son de La Elipa, un barrio obrero al este de la ciudad, de uniformes edificios de ladrillo. Al principio, no pasaban apenas coches por mi calle, y recuerdo ver desde la ventana sólo uno o dos coches aparcados. El autobús urbano, cada quince o veinte minutos, hacía vibrar los cristales. Jugábamos a las carreras de chapas en el solar de enfrente. En el fondo de la chapa colocábamos la etiqueta con la foto de un ciclista. Trazábamos la pista barriendo la arena del suelo con las palmas de las manos.

(...)

Mi padre trabajaba en una fábrica de coches, quince días en turno de tarde y otros quince en turno de mañana. Mi madre a veces trabajaba como asistente en una casa del centro de Madrid. Una noche, mi madre, mis hermanos mayores y yo mismo esperamos ansiosos la llegada de mi padre, que estaba en huelga y participaba en los piquetes a la puerta de la fábrica. Había rumores de cargas policiales. Nos asomábamos cada tanto por la ventana de la cocina, esperando verlo aparecer tras la esquina del edificio, allá abajo. ¿De qué año es ese recuerdo?

(...)

Recuerdo la muerte de Franco, el dictador. Esa mañana no abrieron los colegios (...). Mis padres eran comunistas y católicos, pero no nos dieron educación religiosa. Aún se rezaba al inicio de la jornada escolar, en clase. Éramos más de cuarenta alumnos por aula. Qué peculiar la edificación del colegio público San Juan Bosco, en el pinar de La Elipa, parecido a un conjunto de barracones de cemento, pero decentados y con calefacción, con patios de juego al aire libre entre las

hileras de aulas. Sigue en funcionamiento. (...) Una vez me hicieron salir al estrado para recitar el Padrenuestro, pero no lo sabía completo. Fui bautizado e hice la primera comunión, como todos los niños de mi generación, pero nunca creí en la existencia de Dios. El aula estaba presidida por un retrato de Franco y un crucifijo. Años después, el retrato del dictador se cambió por el del rey y el crucifijo desapareció (...) Para mí, ser comunista era una identidad tan pegada a mí mismo como mi nombre. Me consideré comunista hasta los primeros años de la adolescencia, cuando atravesé por una profunda crisis. Es un tema muy complejo en el que están implicadas muchas emociones. Tenía demasiadas dudas, un amasijo informe en mi cabeza. Quizás tenía quince o dieciséis años cuando leí la historia de un buen comunista que fue acusado de traición y condenado a muerte, durante el período estalinista: incluso su esposa creyó la acusación. Y él mismo acabó aceptando su sacrificio por el bien del Partido y del ideal. Está claro que todo lo que después he reflexionado sobre los fundamentos del humanismo y la democracia, sobre la conciliación de las libertades y la igualdad, nace de aquella angustia primera, en mi adolescencia.

(...)

He sido un lector voraz desde que tengo memoria, pero también un consumidor voraz de televisión. Estudiaba poco, nada, sólo unas horas antes de los exámenes. Nunca fui un alumno brillante. En casa había unas decenas de libros, que releí varias veces: biografías de políticos, ensayos de historia, novelas clásicas, novelas juveniles ilustradas, cosas así. El televisor presidía el salón, como en casi todas las casas de la época y de aún hoy. Al principio era en blanco y negro y había un solo canal. Luego se incorporó lo que se llamaba UHF, antecedente de la segunda cadena pública. Con los años, un compañero de fábrica de mi padre nos montó un televisor en color, pieza a pieza. Recuerdo al hombre en nuestra casa, vestido con un mono, arrodillado ante un revoltijo de cables y circuitos electrónicos. (...) Mi serie favorita era *Vicky el Vikingo*. También acuden a mi cabeza imágenes de Pipi Calzaslargas, Colombo y la Abeja Maya, cuyos cromos coleccioné e intercambiaba los domingos por la mañana junto a un quiosco de prensa.

(...)

Me olvidaba de los veranos: la costa mediterránea algunas semanas, pero sobre todo un pueblo de Segovia. Paseos a pie por el cañón, marchas en bicicleta por la comarca. Baños en el río.

(...)

Escribí mi primer relato cuando tenía, quizás, entre ocho y diez años. Era de intriga y suspense, porque recuerdo un crimen y el viaje de un hombre con gabardina a una isla bañada en la bruma para esconder un cadáver. Se lo di a leer a mi hermana mayor y a su mejor amiga, hija de los vecinos. Dijeron que les gustaba, supongo que para complacerme. No conservo copia de aquel relato y tardé años en volver a escribir. Soñé sucesivamente con ser médico, bombero, actor, astronauta... y jugador de baloncesto, sobre todo jugador de baloncesto. Fui jugador federado en las categorías infantil y juvenil del Dribling, un club con sede en el polideportivo de la Concepción. Hacía muy buenos entrenamientos, era muy disciplinado y esforzado, tenía buenas condiciones técnicas y físicas, pero me ponía nervioso y me descentraba en los partidos. Fui un niño y un adolescente inseguro. Hay un instante de felicidad cuando la pelota de cuero, lanzada desde varios metros de distancia, describe un arco en el aire y entra por el aro, sacudiendo la red. Quizás debí seguir jugando al baloncesto, en busca de mi madurez, pero ya había otra pasión que me absorbía.

(...)

Mi vocación de escritor se decidió en la adolescencia.

* * *